

fuese el conveniente para aquella iglesia, en tiempos tan necesitados de tales preladados, para la conversión y conservación de los indios, que entonces eran plantas tiernas en la fe y tenían necesidad de padres benignos y misericordiosos que les administrasen el pan de la doctrina evangélica, con la caridad que Cristo tuvo en la cruz cuando murió por los pecadores, haciéndose pontífice compasivo y piadoso. Llegósele, finalmente, el tiempo de entrar por el camino que sigue toda universa carne (como dice David) que es el de la muerte y falleció con grande serenidad y quietud de espíritu, en el convento de San Francisco de la ciudad de Guadalajara, donde está enterrado su santo cuerpo. Murió de ochenta y cuatro años, habiendo servido los cuarenta y cuatro en la conversión y enseñanza de los indios.

CAPÍTULO LVIII. *Vida de el excelente varón fray Martín Sarmiento de Hojacastro, segundo obispo de Tlaxcalla*



UE ESTE EXCELENTE VARÓN FRAY Martín Sarmiento, natural de Hojacastro, pueblo del condestable de Castilla, cerca de Santo Domingo de la Calzada, hijo de padres nobles, según el mundo y católicos cristianos. Desde su tierna edad fue inclinado a toda virtud y frecuentaba las iglesias y oía en ellas con toda voluntad y atención las misas y la palabra de Dios. Y como en los tiernos años de la edad del hombre, se traslucen las inclinaciones que más predominan en él, como dice el Filósofo,¹ comenzó el niño Martín a dar muestra del paño fino que en su alma regía, para consagrarse a Dios cuanto llegase a edad de más razón y conocimiento de las cosas; y como profetizando cuán grande predicador y prelado había de ser en los tiempos venideros, cuando volvía a su casa, después del sermón, se subía en una silla y predicaba, a una su hermana mayor y a otros de casa, el sermón que había oído y encomendado a la memoria lo más que de él había podido; y acabada su plática decía a su hermana que le besase la mano, porque había de ser obispo (como también se lee de San Ambrosio, que hacía lo mismo) y no queriéndosela besar la hermana le ponía la mano en la boca por fuerza para que se la besase, por lo cual muchas veces fue azotado de ella. Creciendo, pues, en la edad, y siendo ya de quince años, tomó el hábito de religión, de mi padre San Francisco, en el convento de San Bernardino de la Sierra, que está cerca de el pueblo llamado Fresneda, de la provincia de Burgos. Acabado el año del noviciado, estudió sus cursos de artes y teología, y en ella salió muy docto e insigne predicador; donde se verificó lo que en su niñez había ensayado. Fue ordenado sacerdote por la obediencia de sus preladados, de edad de veinte y dos años; y desde entonces, hasta que vino a la Nueva España, siempre fue vicario del coro, por la mucha suficiencia que para ello tenía. Era admirable lector, diestro cantor, tañedor de órgano y de muy clara y sonora

¹ Arist. Polit. lib. 7. cap. 15.

voz; sobre todo fue muy acepto a todos los religiosos, por su afabilidad y santa conversación.

Estando en Valladolid, oyendo segunda vez la teología, que con mucha aceptación leía allí el doctísimo padre fray Juan de Gaona, y enviando la cristianísima emperatriz a este dicho padre fray Juan de Gaona a estas partes, se determinó a venir a ellas y partió con él y con otros santos religiosos a esta tierra de la Nueva España con grande fervor de espíritu, a ser obrero en la viña de el Señor, año de 1538. Y viéndose acá, comenzó luego a trabajar en ella, con muy grande ejemplo y virtud; y fue compañero y secretario del comisario general fray Juan de Granada y anduvo con él visitando la provincia de Mechoacan, a pie. Acercándose en esta sazón el capítulo general, que se celebró en Mantua, el año de 1541, por la mucha confianza y crédito que de fray Martín se tenía, lo enviaron los padres de esta provincia de el Santo Evangelio al dicho capítulo, con la voz del provincial, en compañía del venerable varón fray Jacobo de Testera, que iba también a aquel capítulo, por discreto de la provincia; y para que si fray Jacobo faltase, por ser de mucha edad y enfermo, y el viaje largo negociase fray Martín en su lugar, por la provincia. Celebrado el capítulo, en él asistieron ambos, llegando a Mantua con salud; el ministro general, por la misma forma, proveyó de comisario general de esta Nueva España y Perú, a fray Jacobo de Testera, y que muriendo él, dentro de los seis años de generalato, quedase con el oficio fray Martín de Hojacastró. Y así fue que, vueltos a Mexico, desde a pocos días, murió fray Jacobo y quedó fray Martín por comisario general. Ejercitó este oficio cinco años, religiosa y prudentemente; y visitó en persona las provincias del Santo Evangelio y Mechoacan, y las otras de la Nueva España, caminando siempre a pie. Y al Perú envió sus comisarios o visitadores, por no poder ir en persona. Acabándosele el oficio determinó partirse otra vez a España a dar cuenta dél, delante del capítulo y ministro general; y estando en el puerto, para embarcarse, se levantó una grande tempestad con que se hizo pedazos el navío en que había de ir y se ahogaron muchos que en él iban. Y entendiendo por esto el apostólico varón que no era la voluntad de Dios que saliese de la provincia se quedó en ella, y en el capítulo siguiente que se tuvo en el convento de Tetzcuco fue electo en difinidor y guardián de Tlaxcalla, donde viendo la necesidad que había en la provincia de ser enseñados algunos que carecían de la lengua latina, para entrar a oír las ciencias ordinarias, que a los religiosos se leen, con mucha humildad leyó la gramática a algunos que en su compañía tenía, no atendiendo a que había sido comisario general. Y considerando que Cristo nuestro señor se humillaba y siendo señor se hacía siervo, para administrar a los necesitados y faltos de su divina enseñanza, y hacía juntamente el oficio de guardián, con grande aplauso y contento de todos.

Vaco en este tiempo el obispado de Tlaxcalla, por muerte del primer obispo fray Julián Garcés, de la orden de los predicadores y teniendo el emperador Carlos Quinto particular noticia de las muchas prendas y suficiencia de fray Martín, lo eligió en segundo obispo de Tlaxcalla. Y no

queriendo fray Martín aceptar esta dignidad, por parecerle desigual a sus humildes fuerzas, fue llamado a Mexico por el santo varón fray Toribio Motolinía, uno de los doce primeros que a la sazón era vicario provincial, el cual le rogó juntamente, con otros santos religiosos, aceptase aquel cargo que su majestad le enviaba, para consolación de todos y principalmente de los naturales que los había Dios proveído de padre y pastor, cual ellos lo habían menester. Y también porque se veía manifestamente venir aquello de la mano de Dios y no por medios humanos, pues él, ni otro por él, no lo había pretendido; de lo cual el excelentísimo varón se excusaba diciendo que cruz tan pesada no se atrevía a echarla sobre hombros tan flacos como los suyos. Viendo la resistencia que hacía y que no había palabras de ruego que bastasen, mandóle entonces el santo fray Toribio hincar de rodillas, y hincado de rodillas fray Martín, le preguntó si lo conocía por prelado. Y respondió fray Martín que sí, y que en ello se tenía por muy dichoso. Replicóle entonces el santo vicario que, pues lo tenía por prelado, le mandaba, por santa obediencia, en virtud del Espíritu Santo, aceptase la voluntad de Dios que él se ofrecía, y los demás religiosos, que presentes estaban, a encomendarlo a nuestro Señor en sus sacrificios y oraciones. Aceptó luego el electo obispo, diciendo que con los favores de la obediencia y oraciones de tales religiosos, él lo aceptaba; lo cual dio gran contento a todos y en particular al prudentísimo don Antonio de Mendoza, virrey de esta Nueva España, que mucho deseaba verle obispo por sus grandes prendas. Y como el que es verdadero humilde nunca se ensoberbece con los oficios, ni títulos de dignidad, antes, cuando se ven ensalzados, más se conocen por indignos, no se ensoberbeció este excelente prelado con la nueva dignidad; antes, como si fuera un fraile de los comunes y ordinarios, se partió luego para su obispado a pie y pidió a los prelados de esta provincia, que mientras le venían las bulas de su Santidad le diesen por maestro al muy docto y santo varón fray Juan Fucher, para que le leyese los sacros cánones, que en esta ciencia era este varón santo muy eminente y consumado (como en su vida dijimos) y así se le concedieron, en lo cual mostró este celoso prelado las ganas que tenía de saber bien apacentar su grey, diciendo el Espíritu Santo² a los reyes y príncipes que gobiernan: Amad la sabiduría, para que perpetuamente reinéis; y luego vuelve a reforzar esta misma razón, diciendo: Amad la luz de la sabiduría todos los que sois cabezas de república. Y como cosa tan necesaria, a todos los prelados les amonesta en los *Proverbios*,³ diciendo al que lo es: Pon cuidado en conocer a tu oveja y considera las necesidades de tu ganado. Las cuales no puede bien remediar el pastor que no tiene ciencia para tratarlas. Fue al convento de Cholula y vivió allí como uno de los otros frailes, haciéndose oyente del sobredicho padre. Viéronle en breve las bulas y partióse luego a la ciudad de Huaxacac, para consagrarse. Vuelto a su obispado lo recibieron con mucho regocijo, haciéndole particulares fiestas, dando todos, grandes y pequeños, muchas gracias a nuestro Señor, porque les había dado tal prelado y pastor, general-

² Sap. 6.

³ Prov. 27.

mente a todos tan acepto, así a religiosos y clérigos, como a los seglares; porque a todos hacía obras de verdadero padre, con tanta igualdad y benevolencia que en ninguna ocasión se pudo notar en él algún indicio de parcialidad o afición, más a los de su orden que a los de las otras mendicantes que entonces había.

Demás de esta discreción y prudencia (que es la que gobierna todas las virtudes) dotó nuestro Señor de otras muchas gracias a este meritisimo pontífice, y tantas cuantas en un prelado se pueden desear. Su aspecto y presencia era grave y venerable, con una benignidad y afabilidad que a todos daba alegría, y le tenían respeto y reverencia. Cuando celebraba órdenes o hacia otro cualquier acto pontifical, holgaban los curiosos de hallarse presentes por la mucha destreza con que los ejercitaba. Su plática era graciosa y de mucha eficacia; por está causa él era el que concordaba los discordes y hacía las paces y amistades entre personas de cuenta y concluía los negocios de dificultad en toda la tierra, porque su boca estilaba panales de miel (como dice el Espíritu Santo)⁴ mezclando dulzura en sus discretas razones. En el sínodo provincial que celebraron los obispos de esta Nueva España, el año de 1555, él fue el que más se señaló, y a él solo encomendaron los demás que ordenase las Constituciones Sinodales que entonces se publicaron e imprimieron. A los naturales (como a pobres y destituidos de favor) tuvo singular y paternal afición, con que los consoló y favoreció todo lo que pudo. Mostróse verdadero padre de pobres y con su pobreza (que era entonces mucha, pues sólo gozaba las quinientas mil maravedís que de la caja real le daban) les ayudaba y proveía. Y solía decir muchas veces, con angustia de su corazón: ¿Qué sentirá un obispo pobre, que ve tantos necesitados y tantas viudas y doncellas huérfanas y no tiene con qué remediarlos? Bien diferente pastor era este santo obispo de los que refiere el profeta Ezequiel,⁵ de los cuales decía Dios que se apacentaban a sí mismos, sin dolerse de las necesidades de sus ovejas antes, tratándolas mal, se aprovechaban de su sudor y trabajo, y las tresquilaban muy inhumanamente. Fue querido y amado de todos en general; y por su mucha virtud pedido por arzobispo de Mexico, del cabido de aquella santa iglesia, después de la muerte del santo fray Juan de Zumárraga. Vivió con mucha honestidad de su persona y jamás ensució su cuerpo con algún acto carnal, como lo afirmó un venerable padre que lo confesó muchas veces, y fue su íntimo compañero y amigo. Visitaba su obispado personalmente, sin llevar más pajes ni serviciales que un compañero de la misma orden. Confirmaba grandísimo número de indios, y como era entonces la gente mucha, porque ninguno quedase privado de este sacramento de la confirmación, lo ejercitaba todo el día entero hasta quedar muy cansado y fatigado. Habiendo una vez confirmado infinidad de indios en el pueblo de San Felipe, dos leguas de Tlaxcalla, tres días que en él estuvo, le dio una noche el mal de la muerte, que fue un dolor de costado, y llamando a su compañero le

⁴ Cant. Canticorum. 4.

⁵ Ez. 34.

dijo de esta suerte: Padre bendito, a mí me ha dado enfermedad y creo es la postrera del mal de la muerte, vámonos a casa. Saliendo el buen obispo de los aposentos de la iglesia, para ponerse en camino, vio en el patio de ella grande multitud de indios, hombres, mujeres y niños, que lo esperaban para que los confirmase, y habiendo compasión de ellos dijo al compañero: Estos pobres, ¿cuándo se confirmarán, si yo no los confirmo? Y respondiendo el compañero que Dios le daría salud para que volviese, habida oportunidad, y los confirmase; replicóle el buen obispo: No quiera Dios que yo los deje de confirmar ahora y los envíe desconsolados, tráiganme luego recaudo. Confirmólos allí a todos, que eran muchos, lo cual fue ocasión que se le inflamase más la calentura. Partiósse luego para la Ciudad de los Ángeles, donde está la silla obispal y no quiso ir a sus casas; mas fuese derecho al convento de San Francisco, diciendo que quería morir entre los religiosos sus hermanos. Y así fue que recibidos en aquel convento todos los sacramentos como bueno y fiel cristiano dio el alma a su criador, abrazado con un muy devoto crucifixo, habiendo gobernado la iglesia que Dios le encomendó, con mucho ejemplo, y cristiandad. Sacaron su cuerpo del monasterio de San Francisco y lleváronlo a su iglesia, con gran copia de sacerdotes, clérigos y religiosos de las tres órdenes. Fue su muerte muy sentida y llorada de todos, y particularmente de los naturales que como a padre muy tiernamente lo amaban. El virrey don Luis de Velasco, el primero, supo la muerte de este apostólico varón estando platicando con el obispo de Mechoacan don Vasco de Quiroga, y sintiéndola mucho dijo al obispo: Grandes son, señor, los secretos de nuestro Dios, que a los que había de dejar (según nuestro parecer) lleva; y a los que había de llevar deja, y decía muchas veces que había perdido en él buen obispo, padre y amigo verdadero. También el arzobispo de Mexico don fray Alonso de Montúfar, estando en el pueblo de Tzinacantepec, supo la muerte de este excelente pontífice, y con muchas lágrimas se levantó de la mesa (que estaba sentado para cenar) y se retrajo a su aposento, diciendo que esta nueva iglesia había perdido su principal pilar: Tanto era el amor y respeto que todos le tenían.

CAPÍTULO LIX. *De algunos religiosos dignos de memoria de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY ALONSO DE MOLINA VINO con sus padres, niño, a estas partes de la Nueva España, luego como se conquistó. Y como era de poca edad aprendió con facilidad la lengua de los indios mexicanos. Y cuando comenzaron los primeros doce padres a cultivar esta viña de el Señor, sabiendo que la madre de este niño Alonso tenía otro hijo con él, le pidieron quisiese dárselo para que les ayudase en el ministerio de los indios, y la devota madre, como otra Ana, madre del profeta Samuel, consideran-